



Capítulo 113 - El dominio del clan Baal

Alice, que había permanecido en silencio hasta entonces, alzó la mirada para encontrarse con la de Vergil. Sus ojos brillaban con una mezcla de emociones, cuidadosamente contenidas. Abrió la boca como si fuera a decir algo, pero no emitió ningún sonido. Vergil mantuvo su sonrisa, pero había una calidez en su expresión que pareció tranquilizar a la chica en ese momento.

"No tengas miedo", dijo en voz baja, extendiéndole la mano. "Si dije que volverías a hablar, es porque lo haré realidad". Sonrió, acariciando suavemente la cabeza de la niña.

"¿Tienes un plan, cariño?", preguntó Katharina, inclinándose ligeramente, con curiosidad. Después de todo, no todos los días Vergil estaba tan decidido a intentar algo así, algo que muchos creían imposible.



Ya habían intentado numerosas maneras de sanar a Alice, usando artefactos y otros métodos. Sin embargo, nada había funcionado. Incluso las cicatrices de su cuerpo parecían inmunes a cualquier forma de curación.

"Tengo un presentimiento... pero es bastante parecido", respondió Vergil con un brillo extraño en los ojos, que irradiaba confianza. "Para empezar, necesito entender exactamente qué le impide hablar".

Vergil se levantó y se acercó a Alice. Se arrodilló frente a ella, clavándole la mirada una vez más. «Confía en mí, Alice. Esto no te dolerá».



Alice dudó un momento antes de asentir levemente. Vergil levantó la mano; las yemas de sus dedos brillaron con una suave luz plateada mientras comenzaba a lanzar un hechizo.

"Aquí vamos", murmuró. "Veamos qué hay escondido".

Cuando la luz tocó la garganta de Alice, la habitación quedó en silencio. Por un instante, no ocurrió nada. Entonces, una energía invisible pareció ondularse a su alrededor, como si algo antiguo y profundo se estuviera revelando.

"Interesante", murmuró Vergil, frunciendo ligeramente el ceño mientras examinaba la magia que unía la voz de Alice. "Esto no es solo una maldición. Es un vínculo. Algo que conecta su voz con... ¿alguien más? ¿O algo más?"

"¿Qué significa eso?" preguntó Katharina, acercándose con expresión preocupada.

—Significa —dijo Vergil lentamente— que para que vuelva a hablar, tenemos que romper este vínculo. Pero puede que no sea tan sencillo como parece. —Retiró la mano, dejando que la luz se apagara—. Por ahora, Alice, ten paciencia. Prometo que lo arreglaré.

Alice le dedicó una pequeña sonrisa llena de gratitud.

"Bueno, eso fue intrigante", dijo Roxanne, dejando finalmente su plato vacío a un lado. "¿Pero de verdad crees que puedes deshacer algo así? Suena complicado".

"Lo complicado es lo que mejor hago", respondió Vergil con una sonrisa confiada.





Viviane, que había estado observando en silencio, dio un paso al frente. «Si me lo permite, mi señor», comenzó, «puedo ayudar a investigar este vínculo. Quizás haya registros antiguos que expliquen lo que está sucediendo».

Vergil la observó un momento y luego asintió. «Muy bien, Viviane. Tráeme informes detallados en cuanto encuentres algo».

—Sí, mi señor. —Hizo una reverencia y salió de la habitación, dejando que los demás procesaran la situación.

"Mientras tanto", dijo Vergil, volviendo su atención a Alice, "no tienes que preocuparte. Esta casa es tu hogar ahora. Ya no estás sola".

Alice sonrió de nuevo mientras él le acariciaba suavemente la cabeza.

—Necesito ir a algún lugar ahora —dijo Vergil de repente, deteniendo su gesto y girándose para mirar a Ada, que había estado mirando al cielo en silencio.

"¿Quieres venir conmigo?", preguntó, dirigiéndose únicamente a ella. Sus otras dos esposas intercambiaron una mirada y comprendieron enseguida.

"¿Vas a ver a la zorra de Ada? Creí que la ibas a esperar en persona", dijo Katharina, cruzando las piernas provocativamente. "Creí que íbamos a.... divertirnos un poco..." Hizo un puchero, con un tono de picardía juguetona.

Vergil suspiró, sacudiendo la cabeza con una leve sonrisa. "Sé que te encanta bromear, Katharina, pero hay cosas que no pueden esperar. Prometo que te lo compensaré más tarde".





Katharina puso los ojos en blanco dramáticamente, pero la sonrisa burlona en sus labios delató sus verdaderos sentimientos. "Hmph. Siempre lo prometes, cariño. Y te lo haré cumplir."

Roxanne rió suavemente, reclinándose en el sofá. "Bueno, disfruta de la reunión familiar, Ada. Dile a tu madre que no he olvidado la última vez que intentó 'aconsejarnos'". Su voz destilaba ironía, aunque no había genuina malicia.

Ada, que había estado mirando al cielo a lo lejos, finalmente volvió su atención a la conversación. Sus ojos se encontraron con los de Vergil y asintió lentamente. "Lo haré. Es hora de afrontar esto". Su voz era tranquila, pero con una determinación serena.

Vergil le extendió la mano. "Entonces, vámonos."

Ada se levantó con gracia y le tomó la mano. Mientras se dirigían a la salida, Katharina murmuró lo suficientemente alto para que lo oyeran: «Buena suerte. Si intenta algo, Vergil, ya sabes qué hacer».



—Por supuesto —respondió Vergil sin volverse—. No te preocupes, amor. No permitiré que nadie le falte el respeto a mi esposa. Sus palabras transmitían una firmeza que no dejaba lugar a dudas.

Al irse, Alice tiró suavemente de la manga de Katharina, mirándola con curiosidad. Katharina sonrió y se inclinó hacia la joven. «Está lidiando con algo complicado, pero Vergil siempre sabe lo que hace. Nada se le escapa».

Roxanne suspiró y tomó otro trozo de pastel. "Bueno, mientras arreglan eso, tenemos la casa para nosotros solos. ¿Qué tal si la aprovechas al máximo, Katharina?"



—Buena idea —dijo Katharina con un brillo travieso en los ojos—. ¿Y tú, Alice? ¿Quieres ayudarme a elegir un vestido nuevo? ¿Quizás algo que Vergil no pueda quitarle de la cabeza cuando regrese?

Alicia sonrió tímidamente, pero parecía intrigada y ansiosa.

...

La entrada al palacio del Clan Baal era una vista imponente, que combinaba la estética tradicional japonesa con toques oscuros y sobrenaturales que subrayaban sus vínculos demoníacos. La oscura puerta de madera estaba flanqueada por pilares tallados con símbolos arcanos, mientras que las linternas flotantes emitían un misterioso resplandor violeta. El aire estaba cargado de una energía palpable, imponente pero ordenada, reflejo del poder y la disciplina del clan.

Vergil y Ada aparecieron ante la puerta al instante. Su llegada estuvo marcada por un sutil destello de magia que se disipó rápidamente. Una suave brisa agitó sus ropas, trayendo consigo el aroma de las flores de cerezo mezclado con algo metálico y enigmático.

Esperando al otro lado, como anticipando su llegada, se encontraba una figura serena. La criada era joven y de mediana estatura, y desprendía un aire de elegancia y profesionalidad. Su uniforme estaba impecable: un vestido negro con detalles blancos, combinado con medias hasta el muslo y zapatos lustrados. Su cabello morado oscuro, del tono del cielo de medianoche, estaba recogido en un moño impecable adornado con una horquilla de flor de cerezo. Sus penetrantes ojos violetas tenían una mirada fresca y vanguardista.

Hizo una profunda reverencia, manteniendo la postura un momento antes de levantarse para mirarlos a los ojos. «Bienvenido a los dominios del Clan Baal,





Señor Virgilio», dijo con voz firme. Luego, su mirada se posó en Ada. «Bienvenida de nuevo, Princesa».

Vergil dio un paso al frente, con su mirada penetrante escudriñando el entorno con serena curiosidad. Incluyó ligeramente la cabeza en señal de reconocimiento. "Eh, ¿en serio? Parece que la hospitalidad aquí es tan estricta como en el resto de este dominio. Interesante". Soltó una risita.

Ei permaneció impasible, con una postura firme, testimonio de su familiaridad con las presencias poderosas. «El Clan Baal se enorgullece de su orden y tradiciones, Lord Vergil. Confío en que el tratamiento cumplirá con sus expectativas».

Vergil arqueó una ceja, con una sutil sonrisa en sus labios. "Ya veremos."

A su lado, Ada parecía tensa. Aunque su expresión era tranquila, Vergil percibió una leve vacilación en su postura. Le puso una mano tranquilizadora en el hombro y dijo: «No pasa nada, Ada. Estoy aquí. Le estás dando demasiadas vueltas». Ella asintió en silencio, lo que le infundió algo de confianza gracias a su presencia.



Ei observó la interacción con discreto interés, pero pronto se dio la vuelta y les indicó que la siguieran. "Por favor, vengan conmigo. La reina Rafaela los espera".

Las puertas se abrieron lentamente con un crujido, revelando un vasto sendero de piedra flanqueado por exuberantes jardines y estanques llenos de carpas demoníacas, cuyas escamas brillaban en tonos púrpura y dorado. Alrededor se encontraban pequeños santuarios y estatuas de figuras demoníacas, cada una de las cuales emanaba un aura distintiva.



La mirada de Vergil recorrió el paisaje, fijándose en cada detalle. «Es mi primera vez aquí», comentó con naturalidad, aunque su tono denotaba curiosidad. «El dominio del Clan Baal es muy diferente de lo que imaginaba».

"Las tradiciones del Clan Baal están profundamente arraigadas en su conexión con el antiguo Japón", explicó Ei sin mirarlos. "Si bien somos uno de los Clanes del Rey Demonio, nuestra estética y estructura respetan las raíces humanas que nos formaron. Lady Raphaeline se asegura de que estas tradiciones se conserven".

—Interesante —respondió Vergil, con un tono ahora de intriga—. Veamos si esa conservación se extiende a su comportamiento.

Ada le lanzó una mirada de advertencia, pero él simplemente se encogió de hombros con una leve sonrisa. "Solo soy sincero, cariño."

Al final del camino, llegaron a un enorme conjunto de puertas shoji, intrincadamente decoradas con brillantes runas mágicas. Ei se giró hacia ellos, haciendo una nueva reverencia. «Por favor, esperen aquí mientras anuncio su llegada».



Ella abrió las puertas con un movimiento elegante y entró en el salón principal, desapareciendo momentáneamente.

Vergil se volvió hacia Ada y su mirada se suavizó. "¿Estás lista?"

Ada respiró hondo, con la mirada fija en la entrada. «Nunca estaré del todo preparada para enfrentarme a mi madre. Pero contigo aquí, puedo soportarlo».



JabraScan
RexScan



Traducción : Leo

Las puertas comenzaron a abrirse de nuevo, revelando el gran salón. Ei estaba dentro, preparada y esperando para guiarlos. «La reina Baal los recibirá ahora», dijo con calma.

«¿Qué pasa con tanta formalidad? Es solo una perdedora que intenta comprarme con la dulzura y cortesía de su doncella», pensó Vergil con una sonrisa burlona.

